

## EL PROBLEMA MORAL EN EL MUNDO ACTUAL

---

*Jaime González Dobles*

La realidad moral es un fenómeno de todos los tiempos. Los hombres siempre han buscado normas de acción que orienten su conducta y se han regido por ellas, aunque en su actuar cotidiano las incumplan parcialmente. Por esto, el problema moral del mundo contemporáneo no podemos ubicarlo solamente al nivel del grado de cumplimiento o incumplimiento de las normas socialmente establecidas. La dificultad es más profunda. Lo que está en crisis es la moral misma.

En el mundo actual, los cambios sociales y técnicos han sido vertiginosos. Esta evolución ha afectado profundamente las vivencias morales. Por una parte, el objeto de las preocupaciones morales se ha visto agrandado por la problemática social de la actualidad. Por otra parte, los apoyos tradicionales de la moralidad se han visto disminuidos por los cambios radicales ocurridos, tanto a nivel de la cultura como de las relaciones sociales en general.

En cierta manera, el hombre actual se encuentra solo, sin apoyo, ante un gran dilema moral surgido en la actualidad histórica: aceptar el mundo social en que vive con sus imperfecciones, sus injusticias y arbitrariedades, o luchar decididamente por su transformación. Según la concepción tradicional, las normas morales deben orientar la acción del hombre, para que éste pueda actuar con la debida corrección en su quehacer diario. En una sociedad estática, dichas normas vienen de la sociedad; reflejan su estructura social y sus tradiciones culturales. El individuo las asimila bajo la forma de la conciencia moral, que lo juzga interiormente, y encuentra la comprobación de la corrección o incorrección de su actuar en el consenso social. Pero, en una sociedad en proceso de transformación, el apoyo social se quiebra. La propia conciencia entra en crisis y el hombre tiene que inventarse sus propias normas.

La realidad moral refleja necesariamente las vivencias sociales. Los cambios profundos, que ha tenido la sociedad actual, tienen forzosamente consecuencias a nivel moral. Por ello, para hacerse una idea de la crisis moral que vive el hombre actual, es menester enfocar las características fundamentales del mundo contemporáneo.

Los últimos siglos se han caracterizado por ser épocas de desarrollo agigantado del dominio del hombre sobre la naturaleza. Los progresos de las ciencias naturales han permitido al hombre establecer un desarrollo tecnológico extraordinario. El ser humano ha dominado en cierta medida el cielo, la tierra y el mar. Sin embargo, este progreso material no implica necesariamente un

progreso moral. El aumento de la producción ha implicado un aumento de la explotación del trabajo humano, una concentración enorme de capitales en pocas manos, en pocas palabras, una situación de gran injusticia.

El desarrollo tecnológico pone en manos del hombre los instrumentos de su posible realización o de su aniquilamiento. Las drogas, la energía atómica, las sustancias químicas, implican una responsabilidad social extraordinaria. Pero, la moral tradicional está elaborada en términos de normas individualistas alejadas de la dimensión social de problema actual. El hombre que aspira a responsabilizarse plenamente de su situación histórica no encuentra en las morales tradicionales un apoyo claro a las exigencias de acción efectivas.

El desarrollo tecnológico ha minado, en muchos aspectos, la confianza tradicional en la religión. El hombre ha adquirido un sentimiento de confianza en sí mismo. Pero, como las religiones han sido las grandes transmisoras de la moral y sus defensoras más destacadas, las normas morales se encuentran en este sentido a la deriva. Asistimos actualmente a la muerte de Dios, como un efecto de la muerte de la autoridad en general. El hombre aspira a la fraternidad, a la igualdad, es decir, a una relación social horizontal y no vertical, como la que implica la vivencia religiosa.

La visión tradicional de la religión es fundamentada en un esquema de sumisión; ésta funcionaba de arriba a abajo. Dios, el rey, el padre o el maestro, ejercían su dominio con una autoridad todopoderosa, inapelable y sagrada. Pero, la sociedad actual ha roto en parte este esquema de sumisión. El surgimiento del sentimiento democrático ha traído necesariamente la muerte del padre como figura de autoridad; en una situación similar se encuentran las otras figuras de autoridad, el gobernante, el sacerdote o el maestro.

Esta realidad ha afectado profundamente a la Iglesia Católica, la más autoritaria de las religiones cristianas. La figura del Papa, como representante de la divinidad, ha cedido el paso a la aspiración más democrática de una Iglesia que se presenta como pueblo de Dios. En mayor medida, los obispos y sacerdotes han visto disminuido su prestigio casi mítico. Los feligreses han reaccionado contra el clérigo y éste contra sus autoridades. Ciertamente todavía existen algunos jerarcas de la Iglesia que pretenden imponer su autoridad con medidas autoritarias. Pero, cada vez más, los cristianos reaccionan con indiferencia ante sus exigencias.

A nivel político, la evolución política ha marcado un crecimiento del sentimiento democrático. La democracia significa el reino de los hermanos, contrapuesto al reino autoritario del padre, que significaba el dominio del monarca. Esta ruptura con la autoridad política no es una realidad efectiva, sino un sentimiento creciente. Todavía existen en el mundo una serie de regímenes dictatoriales que se imponen a la fuerza con medidas autoritarias. Sin embargo, la reacción contra las dictaduras es un síntoma de una aspiración democrática que ha surgido en los más diversos países.

A nivel escolar, los métodos participativos desautorizan, cada vez más, al maestro que se imponía sin sentido crítico desde su trono magistral. El surgimiento de una serie de autores que atacan de frente la escuela tradicional son un síntoma de una actitud similar. La autoridad social está en crisis.

A nivel familiar, la ruptura con la autoridad paterna es más evidente. La independencia que los hijos han tomado al integrarse en los medios de trabajo ha favorecido, sobre todo en las ciudades, la disminución de la figura del padre. Esto ha traído en el ambiente moral un cambio con respecto a la moral familiar, sobre todo en sus consideraciones sexuales.

Las modificaciones de la moral sexual son en el fondo una manifestación evidente de la crisis estructural de la moral. Lo sexual no afecta en forma clara la estructura misma de la sociedad. Esto nos lleva a preguntarnos si las transformaciones en la moral sexual no son sino un subterfugio mediante el cual se esconde la crisis misma de la fundamentación de lo moral.

El siglo XX vive una crisis social profunda. En los siglos pasados se llegó a una sobrevaloración de lo individual. En nuestro tiempo, se ha ido tomando conciencia progresiva de la importancia de la dimensión social del ser humano. Los pensadores más conservadores hablan de una responsabilidad social de los individuos y de las empresas. Los pensadores más avanzados se plantean la necesidad de una tesis revolucionaria y sostienen la necesidad de llegar a un nuevo tipo de sociedad, basada en una concepción socialista en la que los trabajadores sean quienes manejen los medios de producción.

Esta crisis social, en sus diversas modalidades, plantea problemas a la conciencia moral actual, para los cuales la moral tradicional no tiene soluciones adecuadas. En el fondo, lo que está en crisis es la moral cerrada.

A principios de siglo, Bergson nos planteaba en sus obras una visión de la moral que dejaba ver la profunda transformación que vive nuestro tiempo. Nos hablaba de una moral cerrada y de una moral abierta. Lo que Bergson llamaba una moral cerrada, algunos de los autores modernos lo llaman una moral-código, una moral del deber, una moral sociológica. Se caracteriza por aceptar las normas socialmente instituidas y aplicarlas indiscriminadamente bajo los efectos de la presión social. En la moral cerrada, la conciencia moral se basa en el temor a la autoridad, mientras que la moral abierta se basa en la generosidad, en la creatividad moral personal, en la búsqueda de nuevos horizontes. La moral abierta, por esto, es una conquista. Es evolutiva y solamente puede ser vivida por un hombre psicológicamente adulto, mientras que la moral cerrada es legalista. La moral abierta es fruto de la creación y de la invención de los hombres que pueden vivir su vida con plena responsabilidad.

Ante la crisis de la moral tradicional, la época actual exige una moral abierta. Sin embargo, los procesos educativos actuales no la favorecen. Muchos hombres perciben los defectos de una moral cerrada, pero no se sienten capaces de afrontar los desafíos de la creatividad moral.

Como explicaba Erich Fromm, a propósito de la sumisión del pueblo alemán ante las exigencias irracionales de Hitler, los hombres actuales le tienen miedo a la libertad en lo que esta implica de necesaria aceptación de una cierta soledad, de una exigencia de creatividad, de afrontamiento, de autodeterminación.

Nuestra sociedad es ambigua. Por una parte, ha creado una necesidad de libertad y de participación. Por otra parte, mantiene sistemas de educación y de funcionamiento social de tipo autoritario. Esto se refleja en la crisis de lo moral.

Para enfrentar esta crisis, Erich Fromm nos habla de dos tipos de moral. Por un lado, la moral autoritaria supone que la mayor virtud es la obediencia a una autoridad exterior al hombre que impone irracionalmente sus preceptos. Por otro lado, la moral humanista supone que el hombre es el único artífice de su vida y que su moral debe tomar al hombre como meta y como sujeto autónomo de la búsqueda del bien.

La época actual se caracteriza por una reacción contra la moral autoritaria, que se desvía frecuentemente hacia un rechazo puro y simple de lo moral. Esto implica una crisis profunda de la moralidad moderna. En lugar de escoger una moral humanista, el hombre actual prefiere escoger la no moral.

Ante una moral humanista, el mundo actual nos impone una opción existencial. Nuestra relación con el mundo y con la sociedad tiene que ser una responsabilidad libremente asumida. Tenemos que comprometernos con el momento histórico en que vivimos y responder a sus desafíos.

Las escapatorias más frecuentes a esta necesaria respuesta libremente asumida ante el mundo actual, son el nihilismo y el conservadurismo. El primero, al tomar al narcisismo como meta, pretende negar la seriedad de los desafíos de las circunstancias históricas. El segundo, según palabras de Kolokowski, es la victoria de aquella parte de la naturaleza humana por la que el hombre se asemeja a la cosa, y se caracteriza en cuanto al talante moral por ser un sistema de autodefensa, frente a la obligatoriedad de las decisiones morales. El conservadurismo termina consagrando la moral cerrada como la única moral y se refugia en el código moral, es decir, en el conjunto de las normas socialmente instituidas, como en un refugio aparentemente válido. Pero estos preceptos jerárquicamente organizados y pretendidamente correctos, nos hace cómplices de las contradicciones de la situación social en que vivimos.

La moral humanista es el gran desafío a la conciencia moral actual. Asumirla es un problema serio. Por una parte, implica una acción consciente de enfrentar el riesgo de tomar decisiones ante hechos a veces poco claros, comprometedores y que frecuentemente nos traen problemas existenciales. Por otra parte, ante la confusión social actual, la moral humanista nos exige tratar de encontrar una línea de interpretación prospectiva de la realidad.

El gran problema para la moral actual es realmente saber a dónde queremos ir y por qué. Mientras no exista un pleno convencimiento de la sociedad a la que debemos llegar, nuestras acciones estarán regidas por los instintos o por las normas heredadas de sociedades antiguas, que no funcionan en el ambiente actual. Nuestra intención en estos apuntes no es responder dicha pregunta fundamental, sino plantear la dimensión dentro de la cual se plantea el problema moral contemporáneo.